

Habla su biblioteca

Novedades de la biblioteca "Florentino Idoate, S.J." de la UCA

El dominio público de la elocuencia en el humanismo cívico

KATHERINE MILLER

Directora de Asuntos Culturales

Pregunta: Quid est mare?

Respuesta: Refugium in periculis.

Catequesis de Alcuino de York [siglo IX]*

En un breve reportaje desde Roma, Cicerón nos informa que entre los años 53-52 antes de nuestra era, no se llevaron a cabo elecciones para el puesto de Cónsul, debido a que la violencia y amenaza de guerras civiles entre los *optimates* y *populares* eran demasiado fuertes. Por lo tanto, no había Cónsul para ese año. En otra ocasión, el gran abogado romano Cicerón, un "nuevo hombre" que no provenía de la aristocracia, nos cuenta que tenía que entrar a la corte para defender a su cliente y encontró que estaba llena de soldados de las Legiones de Roma, todos fuertemente armados [Véase su *Pro Milone*]. Las mismas palabras de defensa y argumentación estaban en peligro.



* Pregunta: *¿Qué es el mar?* Respuesta: *Un refugio en el peligro.*

De otro modo, mil quinientos años después, a finales del siglo XV en Inglaterra, que había formado parte del Imperio Romano durante 400 años, un poeta laureado, *Ora-tor Regius* [vocero del rey] y sacerdote católico inglés, John Skelton, también tutor y confesor del joven

que iba ser Enrique VIII, rey de Inglaterra, castiga lo recio y violento de la vida política de Inglaterra en uno de sus poemas [*The Garlande of Laurel*], diciendo que hay que tener prudencia en el uso de las palabras cuando uno habla en la arena política, porque

“Words be swords, and hard to call again.”

[Las palabras son espadas y difíciles de detener, una vez desenvainadas]

En esta afirmación, que las palabras mismas pueden ser la fuente de la violencia, hay también sospechas de que los que trabajan con palabras y, peor, palabras con elocuencia, en realidad no producen nada útil —o pueden producir hasta la violencia. Por “palabras” entendemos la comunicación política con que se gobierna una situación o estado. En esencia, el uso preciso de palabras conformó la retórica *cum* elocuencia de los humanistas como Cicerón y John Skelton.

Durante el lapso comprendido por 1500 años entre los tiempos del abogado romano y el sacerdote inglés, el debate sobre la validez o falta de validez del uso político, comercial y diplomático de la retórica —*civilitas*, *urbanitas* y elocuencia como antídotos a la inseguridad y violencia como parte integral del discurso político— continuaba.

Pero hoy, tristemente, la elocuencia retórica sufre un desprecio y desconfianza que no sufrió durante la Antigüedad Tardía hasta las épocas medievales y renacentistas

en el ejercicio de la diplomática nacional, finanzas internacionales y la comercial marítima. Trazamos un poco de esta historia.

Siempre en el lapso de tiempo entre Cicerón y John Skelton, encontramos las luces de un fenómeno que se llama el humanismo cívico. Tomamos el caso de la Venecia de los Renacimientos europeos del siglo XV. Esa Venecia era un país pulgarcito a la orilla del mar en el siglo VI, una república emergente pero sin tierra porque fue fundada en unos pantanos en la orilla del Mar Adriático por refugiados huyendo desde Iliria (actualmente el área de Serbia, Croacia y la antigua Yugoslavia). Estos refugiados estaban huyendo de las guerras e invasiones de tribus feroces que habían comenzado a moverse cuando se estaban decayendo las estructuras militares y administrativas del Imperio Romano en Occidente durante la Antigüedad Tardía. Llegaron a una región pantanosa que se conocería más tarde como Venecia, para esconderse de las guerras e inva-

siones y para refugiarse en el mar y sus pantanos, porque no había tierra firme.

La cuestión de supervivencia humana para estos primeros refugiados venecianos dependía literalmente de la respuesta a la pregunta: ¿Cómo desarrollarnos sin tierra, sin bienes y en una situación de suma inseguridad? Tenían que desarrollar su frágil república, que Cassiodoro, escribiendo en el siglo VI, describió como nidos de pájaros en las largas columnas en que balancearon sus casas en el mar por falta de tierra.

Por necesidad y falta de recursos, los venecianos optaron por el comercio y finanzas internacionales utilizando las palabras persuasivas y elocuentes para que la pequeña república emergente pudiera florecer. Estos futuros venecianos que huyeron de sus enemigos y buscaban refugio y seguridad en el mar, en los barcos, después buscaban el mar para el comercio marítimo. Podemos ver en ellos, a través de los largos siglos medievales de la Antigüedad Tardía, a un pueblo que comenzó casi con nada más que su habilidad de hablar y convencer a sus vecinos de comprar, y creció para ser en los siglos XIII y XV la magnífica y Serenísima República de Venecia. Durante los fecundos renacimientos en el comercio marítimo internacional, junto con el desarrollo y uso de la retórica, la elocuencia, y la persuasión en la conversación y correspondencia diplomática, superaron su pobreza e inseguridad para ganar la grandeza.

Venecia creció para ser, no una ciudad, sino una república erigida sobre los pantanos marinos, sin tierra y sin productos para vender más que la sal del mar y el pescado seco. Esto era lo único que podían vender para sobrevivir en el mundo mediterráneo de los siglos VI al X. La Venecia en formación tenía que depender del éxito de la palabra persuasiva y elocuente para vender, y en base de estas habilidades se construyó, *tout court*, el comercio marítimo que salvó la vida de su pueblo inicialmente.

A través de su historia, el desarrollo de su comercio y la construcción de sus puertos en su matrimonio con el mar se basó en la precisión de la diplomacia y la elocuencia en el comercio, porque, aunque comenzaron como refugiados, eran tan sofisticados que reconocieron que cualquier persona podría percibir inmediatamente el uso falso y pomposo de la elocuencia para vender o comprar ideas o bienes. Así, se impusieron el imperativo de la precisión derivada del humanismo cívico que, forzosamente, los comerciantes venecianos tenían que utilizar para sobrevivir la hambruna que sufrieron como refugiados y construir una república riquísima basada en las finanzas internacionales del comercio. *Mare refugium en periculis est*, y en la elocuencia y la precisión de las palabras consistía su supervivencia.

El éxito de Venecia dependía, como hemos dicho, en la *civilitas*, la *urbanitas*, la *studia humanitatis* y el

humanismo cívico. Son fenómenos bellos en la historia del civismo y la lingüística y sirvieron estos instrumentos —las palabras elocuentes y persuasivas de la retórica clásica en la vida individual, y también en el mundo del accionar público e internacional en que estos pobres pescadores venecianos entraron por medio de las habilidades en el comercio y diplomacia. Europa Occidental ya no era el reino de mártires y santos sino de individuos laicos, mercaderes y banqueros, diplomáticos, para quienes la sobrevivencia —muchas veces, la vida misma— dependía de la correspondencia escrita y la conversación hablada elegantemente con otros poderes internacionales.

Es bueno examinar estos fenómenos. Los *studia humanitatis* equivalen, más o menos, a las artes liberales en la Antigüedad recuperadas por los humanistas que buscaban sus raíces en Grecia y Roma durante los renacimientos en la Europa del Occidente. *Civilitas* es el arte de gobernar, combinado con la urbanidad, cortesía, bondad y afabilidad. *Urbanitas* es la vida urbana con cortesía y educación, buen gusto, elegancia y gracia, incluyendo el uso ingenioso del lenguaje. Son todas cualidades encomendadas por los romanos. Vuelven a convertirse, durante los renacimientos en Europa Occidental y en Oriente, en el arte más fino de la *sprezzatura*, la gracia que esconde la gracia del cortesano italiano e inglés y la república marítima, serenísima de Venecia pudo

entenderse con ambos lados del cisma entre Roma y Constantinopla. Y las ganancias de los mercaderes y banqueros dependían precisamente en el préstamo de estas habilidades: elocuencia y *sprezzatura*.

Hoy, sin embargo, hemos visto —y seguimos viendo— el desprecio en que ha caído la elocuencia como destreza. ¿De dónde surge este desprecio? La educación en la retórica para la elocuencia se contrasta, históricamente, con un cierto enfoque en las cualidades lingüísticas de la sinceridad, la humildad y la sencillez de hablar directamente, opuesto a la elocuencia. Esta manera de hablar viene de los cristianos de los primeros siglos después de Cristo cuando el Imperio Romano estaba fragmentándose y cristianizándose, y los cristianos se formaron en contraposición al mundo pagano que prevaleció en el Senado romano y en los enormes estamentos del paganismo enquistado en las Legiones de Roma, del ejército, que no se apegaban a la cristiandad.

Entre los cristianos, incluyendo a los Padres de la Iglesia en Occidente, cuando se estaba transformando el mundo y el Imperio Romano en Occidente, existía una desconfianza y desprecio a la necesidad para la elocuencia porque fue identificada con el mundo pagano —sus enemigos.

El discurso admirado y practicado como ideal en la comunicación por los cristianos de los primeros siglos se basaba en una preferencia

para un discurso simple y claro, hablado desde el corazón, sin adornos, y desde la vida interior con sinceridad, siguiendo el método de discurso de San Pablo. Se consideraron las “decoraciones” retóricas y elegantes como mentiras de la retórica y la elocuencia de la Roma clásica, esto es, de los paganos. La retórica romana de un Cicerón era considerada como deshonesta, engañosa y no apta para la creación del ser cristiano en construcción en la Antigüedad Tardía.

En el proceso cultural de confeccionar la identidad del cristiano en este mundo de los santos y mártires, era necesario ser simple, humilde, sincero y sencillo: todo lo que los romanos identificaron con los esclavos y los pobres sin educación. ¡Nada del veneno de la retórica romana que era la marca del mundo pagano!

Pero con el transcurso del tiempo, se percibe que esta clase de diplomacia y correspondencia se vuelve inadecuada para la vida, en que era imprescindible el desarrollo de los líderes de estados basados en el comercio y finanzas de los renacimientos europeos. Ya no más santos y mártires. Entran los mercaderes, diplomáticos, banqueros que se encargaron de la formación de estados e imperios comerciales, las familias de las industrias de la lana en Inglaterra, Brujas y Florencia. Los estadistas y diplomáticos desarrollaron una relación cercana entre la cultura y la vida cívica: surge el humanismo cívico.

Examinemos algunas de las tendencias y situaciones con respecto a la retórica política de este fenómeno del humanismo cívico —esta ciencia y arte de la vida política que prevaleció durante los siglos que transcurrieron entre Cicerón en los años del fin de la República de Roma y los tiempos del padre John Skelton, poeta y sacerdote en la Iglesia de Inglaterra católica del siglo XV. La cultura de Italia y el humanismo cívico se ligan a la cultura de Europa en que la cultura misma y el arte de la conversación eran las formas de comunicación. Y estas actividades requirieron la plena participación en la vida cívica y comercial. Ya no la vida aislada de la contemplación.

A finales del siglo XV, en Inglaterra, nos encontramos de nuevo con el maestro John Skelton, *Orator Regius* y poeta laureado, traduciendo a Diodorus Siculus —Diodoro el Siciliano— al inglés medieval en un intento de reforzar con la riqueza del humanismo griego del Mediterráneo por medio de introducir el humanismo cívico en su peligrosa isla situada en medio del Mar del Norte, en la Corte del Enrique VIII, del Cardenal Wolsey y de Sir Tomás Moro. Estamos en los albores del cisma provocado por Enrique VIII con Roma después de novecientos años de vida monástica en Inglaterra. También estamos en los tiempos de las estadías prolongadas de Erasmo de Rotterdam en la casa de Tomás Moro, quien, menos de una década después, sufrirá el martirio por su fe

y por sus principios políticos, en su ejecución a órdenes del rey.

Pero por el momento Moro era uno de los grandes humanistas de Europa y de todas las épocas: Canciller de Inglaterra, abogado, maestro de la retórica política. Skelton, por su parte, imitando la retórica de Diodoro y los griegos de Sicilia, en buen estilo humanista, utilizaba las palabras como *orator regius* y poeta laureado en el ámbito cívico para fustigar la falsedad de la vida eclesial y cortesana en los tiempos del Cardenal Wolsey, cuando sus palabras satíricas y elocuentes que criticaban abusos políticos podrían ser, a la misma vez, imanes para llamar a las espadas de Wolsey o de Enrique para cortar cabezas.

El elogio y la desconfianza en la elocuencia en la vida política tiene, entonces, una larga y polémica historia.

Voy a argumentar que esta historia y su concomitante desprecio en la tradición cristiana de Europa Occidental que irrumpió en la Reforma Protestante consideraba la elocuencia y retórica como algo falso y engañoso. Es posible pensar que esta tradición parece influir en el discurso político proyectado a diario en la televisión, radio y medios impresos, de tal manera que la elocuencia brilla por su ausencia, especialmente en debates políticos donde se puede apreciar que la ignorancia abanderada es apremiada cuando gana el argumento quien grita más fuerte, o, a la misma vez,

gana el argumento precisamente por la destreza de obliterar a su oponente en argumentación *ad hominem*. La educación superior en los tiempos actuales en nuestro alrededor, educación que debe promover por lo menos el ordenamiento del pensamiento lógico en la argumentación, parece omitir el estudio de la retórica de Grecia y Roma y de los renacimientos europeos en Italia e Inglaterra en este aspecto. *Exit* humanismo cívico.

La elocuencia y persuasión no están presentes en la mayoría de los discursos verbales e impresos no por falta de inteligencia. La omisión de esta parte de la educación de los jóvenes y adultos tal vez tiene otras raíces de donde prevalece una aplicación equivocada de la falta de la importancia de la *civilitas* y el humanismo cívico que se puede prestar del estudio de la retórica para la elocuencia en el discurso público y político. Nunca es tarde para entender los asuntos desde otro ángulo y retomar una percepción de esta parte de la educación que, argumento, nos falta por ahora, tal vez por ser consideradas, como dijo un locutor nacional en la televisión nacional, un erudito doctorado de una universidad contemporánea, que el estudio de la cultura y tradiciones europeas es "eurocentrismo" y "neocolonialismo". Consideramos un momento la historia de este fenómeno "europeo" que omitimos con tanto vigor y por razones del nacionalismo angosto en la práctica de la enseñanza en las aulas hoy.

La desconfianza y el desprecio de la elocuencia se vislumbran en el comienzo del rechazo de los sofistas en la península griega. Por ejemplo, en la tragedia *Hipólito* de Eurípides, el coro está escandalizado cuando Hipólito es capaz de expresarse en tal manera que admite y se expresa en su habla lo que no siente en su corazón ni piensa en su mente. El joven Hipólito es, entonces, visto como alguien deshonesto y la audiencia reconoce la tendencia de los sofistas en su discurso.

Tucídides, siempre en el siglo V antes de la era cristiana, en su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, examina no solamente las instituciones democráticas de Atenas que se fragmentaron, cayendo en deformaciones en Atenas a causa de la presión de la guerra prolongada con Esparta, exacerbadas por la plaga y hacinamiento dentro de las murallas que conducen al Pireo, corazón de la resistencia democrática. Bajo estas presiones, declara Tucídides, "las palabras cambian sus significados" y, así, prudencia es achacada como cobardía, etc. La retórica de la elocuencia racional de Pericles se cambia después de su muerte y se escucha, nos enseña Tucídides, el viejo historiador político y militar, gente como Alcibíades, quien convence el senado y pueblo de Atenas a abrir un segundo frente de guerra desastrosa en la expedición a Sicilia, donde todos los atenienses mueren horriblemente en las pedreras sicilianas.

En la democracia directa en Atenas, declara Tucídides, se puede arengar al pueblo directamente con palabras agitadas y demagógicas sin el colchón de la intermediación de las instituciones democráticas. Estas han decaído bajo la presión y polarización de la guerra con Esparta. Sin embargo, siempre la admiración en nuestros días es para Atenas y las palabras bellas y políticamente exactas de Pericles. ¿No es un error admirar lo que fracasó e ignorar también las razones para su fracaso al pretender que es la cima de la democracia aún cuando las palabras, como dice Tucídides, cambian sus significados en la democracia directa de Atenas durante la Guerra del Peloponeso? El galardón de la victoria no es otorgado por la historia a Atenas. Al final del partido es Esparta: 1, Atenas: 0.

Aunque políticos a través de los siglos han examinado el papel de la retórica forense en la construcción y destrucción de Atenas, la práctica del discurso honesto con la elocuencia de la razón son depuradas en las instituciones democráticas y no en la democracia directa. La imitación de Atenas se lleva al desastroso anhelo a la democracia directa y se ven evidencias contundentes de la imitación de la democracia directa en las calles, parques y estadios a nuestro alrededor.

El debate político sobre la Constitución de los Estados Unidos en 1776, después de la Guerra para la Independencia, siguió las luces

de Tucídides: hay que crear instituciones como intermediarias democráticas entre el gobierno y la población. Los demagogos que arriegan a la población entera llevan a distorsiones y manipulaciones de la democracia directa. Las palabras cambian su significado, no están filtradas por instituciones democráticas. Tucídides no nos encomienda la democracia directa precisamente por la peligrosa manipulación que nos presenta en Atenas. Es que las palabras se vuelven espadas.

En Roma, cuando San Pablo, el ciudadano romano, se dirigía a una audiencia de filósofos y eruditos romanos y griegos en el primer siglo de la cristiandad, no se preocupaba por la elegancia de sus palabras. En su presentación de la filosofía cristiana, presentada en contraposición a las filosofías paganas, con un afán de preservar el significado de lo que enseñó, San Pablo no se preocupó por la elegancia de sus palabras. La respuesta por parte de los oyentes era una forma de no estar muy entusiasmados con la religión cristiana en las palabras de este maestro cristiano, carismático pero sin educación y sin entrenamiento como orador¹. Después de escucharlo, los romanos le dieron a entender, en tantas palabras: *"No nos llames, nosotros te llamaremos"*. Lo que parece haber querido San Pablo era preservar la fe sincera en contra de los que buscaban aprobación solamente para su elocuencia a costa de su fe, evitando el "puro labio".

San Jerónimo —erudito pero no intelectual— entra en este mismo escenario. En una visión, escribe, es interrogado por Dios quien le pregunta: "¿Eres cristiano?", a lo que responde Jerónimo: "Sí, Señor". Pero Dios responde: "Mientes. ¡Eres ciceroniano!", porque Jerónimo admiraba mucho a Cicerón. La traducción de la Biblia Vulgata evidencia el éxito de la lucha de San Jerónimo contra su predilección ciceroniana.

El gran San Agustín, maestro de retórica romana, rechaza al principio esta Biblia Vulgata, traducida por San Jerónimo, por su latín tosco y sin belleza retórica, prefiriendo, también, a Cicerón. En este sentido, la rusticidad sagrada y humilde era preferible a la elocuencia pecaminosa. El sentido y significado eran importantes y no la belleza del lenguaje en que eran presentados.

Los apologistas del mundo cristiano respondieron vivamente a esta clase de desprecio con la acusación de que tales hombres paganos y no cristianos solamente vieron las superficies: la cultura literaria del mundo clásico era una cultura *de la lengua*, dijeron Prudencio y Lactancio, *no del corazón*. El valor de las tradiciones retóricas de la cultura clásica literaria, según estos y otros apologistas cristianos del Occidente en el siglo IV, era apreciar las apariencias que aumentaron el prestigio entre el mundo pagano podrido con valores falsos y no la verdad interna que acercó el hombre a Dios, quien hablaba latín.

Los debates sobre la tradición clásica —específicamente con respecto a Cicerón— que escriben San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo, Tertuliano y Lactancio en Occidente asumen un ángulo de diferente óptica en la ortodoxia cristiana del Oriente donde prevaleció la lengua griega en la elocuencia de las homilías de San Juan Crisóstomo y del obispo, maestro de la retórica griega, San Gregorio de Nicea. Los cristianos en Oriente —es decir, los de Constantinopla, la Roma bizantina— consideraron, confiados en su posición de poder y dominio de la región donde reinaron los Patriarcas de Roma en Bizancio, que tenían mucho en común con el Imperio, donde eran el centro. No se sentían de menos en la comparación.

De otro modo, los cristianos del Occidente del Imperio en fragmentación todavía se consideraban un grupo de elegidos, asediados en un mundo hostil donde los debates entre San Ambrosio, Arzobispo de Milán, y Símaco (Symmachus), el Prefecto de la Urbe en el siglo IV, declararon las tensiones que perduraron entre los paganos y cristianos en Occidente. A un cristiano educado de Oriente del mismo período, el fuerte puritanismo que resultó de esta situación en los escritos de Tertuliano, con respecto a la tradición literaria del mundo clásico de Roma, le parecería un poco retrógrado cuando los padres de Occidente alegaron que la cultura clásica en todas sus formas era una especie de veneno o, como

diría San Jerónimo, *cibum diablorum* [alimentación para el diablo]. Cuando Tertuliano preguntó ¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén?, la respuesta ortodoxa era: “Nada”.

Escribiendo en la corte de Carlomagno, Alcuino de York, el Ministro de Educación de Carlomagno, cinco siglos después, repite la misma pregunta para los anglosajones cuando pregunta: *Quid Ingeld Christo?* [¿Qué tiene que ver Ingeld [dios pagano sajón] con Cristo?]. Y la respuesta en el siglo IX era siempre la misma: Nada. Cuatro siglos más tarde, sin embargo, Dante Alighieri, escribiendo en el Trecento en Florencia, en su gran comedia de la vida cristiana, no solamente incluye figuras políticas locales de Florencia del Trecento junto con los santos de la Iglesia Católica, su guía por la mayor parte del poema es Virgilio, el poeta romano de la *Pax Romana*, protegido de César Augusto, maestro de la elocuencia retórica de Roma —la Roma pagana.

Para los cristianos, los clásicos tenían que ser firmemente redefinidos y puestos al servicio del cristianismo. En el mundo medieval de la Cristiandad, que iba a crecer ideológica y políticamente para eventualmente llegar a ser Europa Occidental, la combinación entre la desconfianza y el desprecio de la retórica y elocuencia clásica en la correspondencia y conversación se combinó con el desprecio de la riqueza acumulada por los banqueros y mercaderes, las ferias, bancas y letras de cambio. Y siguió existien-

do, simultáneamente, un cuerpo de escrituras sagradas de la Iglesia de los Doctores de la Iglesia que, además, condenaba la usura.

¿Cómo se puede ser cristiano y mercader? Si se tiene que hablar y escribir en términos toscos para no engañar con la elocuencia, mientras que no se podía acumular riqueza en comercio a larga distancia ni otorgar préstamos a tarifas usuriosas ignorando lo que Santo Tomás de Aquino y otros denominaba “el precio justo”, ¿cómo podrían prosperar? Estos mercaderes-cum-banqueros sabían perfectamente bien que el nivel de ganancia que ellos recibieron del comercio no representaba un precio justo y que sus almas estaban en peligro, no del Purgatorio, sino del Infierno. Esta situación constituyó una encrucijada que causó el terror y noches oscuras del alma en la parte de la Cristianidad que se dedicaba al comercio y finanzas internacionales.

Pero apareció ante este tribunal un caso más alto: las virtudes cristianas tendrán que incluir la ética clásica en el negocio —incluyendo la retórica y la elocuencia que podían poner la riqueza ganada como mercader al servicio de la república por medio del humanismo cívico. Las elites mercantiles, y no los santos ni los filósofos, eran —y tenían que ser— los gobernantes: los *gonfalonieres*, los *podestàs*, los *doges*, los *dux*, los *priores*. Era Cicerón leído a través de Petrarca. Y la gestión cívica promulgada por Coluccio Salutati vencerá el claustro

de pobreza de San Francisco de Asís para que puedan respirar los mercaderes y banqueros. Ahora pudieran trabajar para la república y para la salvación de sus almas por medio del humanismo cívico.

En la península itálica, durante y después de los tiempos de Dante Alighieri y el *Infierno*, el *Purgatorio* y el *Paraíso* de su *Divina Comedia*, había crecido una especie de estamento de dueños de propiedad, mercaderes y banqueros que quería gobernar sus ciudades—eran individuos seculares. Tenían que gobernar con justicia y con riquezas acumuladas por el comercio. Además, tenían que preocuparse por su salvación cristiana. Dante, al fin de tanto, no escribió su *Comedia* en latín, precisamente, con el afán de hacer su poema y su sentido disponible al anhelo de estos mismos gobernadores preocupados por la salvación de su alma. No, lo escribió en el vernáculo para que esta misma gente pudiera entender la ruta hacia su salvación descrita en su poema.

Así, en los comienzos de los renacimientos del *Trecento*, *Quattrocento* y *Quinquecento* en las repúblicas de Florencia y Venecia, Londres y Bruges, por ejemplo, se agudizó el conflicto entre la sencillez de la revelación cristiana y las virtudes éticas en el uso de la retórica de la Roma Republicana, descubiertas por los humanistas en su participación en la *studia humanitatis* y en los escritos de gente, así como Cicerón y sus virtu-

des cívicas. Cicerón, sin embargo, no era un cristiano —ni Virgilio si queremos mencionar el guía de Dante en su *Comedia*. Marco Tulio Cicerón, Don Tully (por cariño), sería la guía en la vida mercantil, política y ética de estos gobernantes quienes se dedicaron al *negotio*, y no al *otio* de los filósofos y santos. John Skelton, Erasmo y Tomás Moro siguieron estas ideas ciceronianas en los debates entre el *otio* de los filósofos y el *negotio* de los líderes cívicos y humanistas, imitando esta vez no los griegos de Sicilia, sino a los italianos de Florencia y Venecia.

Leyendo a Cicerón, tenían que reconocer que los romanos paganos eran buena gente con buena ética, quienes querían vivir una vida justa y buena en esta tierra. Y los mercaderes y banqueros de Europa Occidental querían imitar la *civilitas* y *urbanitas* encomendadas por su amigo Don Tully en una educación clásica para escapar del olor y apariencia de la oficina y los muelles. No obstante, siguieron sufriendo noches oscuras del alma estos mercaderes: el Antiguo Testamento y la Iglesia prohibieron la usura y ellos tenían que examinar este problema del precio justo y de la usura. Tenían que salvar sus almas cristianas también.

Ahora no se podían escapar el hecho de que la república fue impulsada por la riqueza y dinero que necesitaba el pueblo, y por el elogio de la pobreza y humildad de los cristianos siguiendo a San Francisco de Asís. La filosofía del santo no permitía el éxito en el mundo del

comercio marítimo y las finanzas internacionales. Estos últimos llevaron a uno al éxito en el negocio y política pero no a la salvación cristiana. No obstante, la riqueza y los excedentes de la acumulación del capital eran absolutamente necesarios para la sobrevivencia de la república y su población, y estas ganancias las acumularon parcialmente por medio de la elocuencia hablada y escrita del humanismo cívico.

Eran Petrarca y los humanistas cívicos de Florencia quienes, siguiendo a Cicerón, encontraron una clave en el concepto y práctica de *caritas* —el buen uso de los bienes de este mundo. ¿Cómo podemos sobrevivir —preguntaron— y encontrar la salvación cristiana mientras mantenemos el nivel de las ganancias para beneficiar no solamente sus familias sino también beneficiar a la ciudad y nuestros conciudadanos a la misma vez?, ¿cuáles instrumentos de gobierno podían beneficiar las vidas materiales de los ciudadanos que viven bajo su gobierno y garantizar, a la misma vez, la salvación cristiana?

En respuesta a estas inquietudes, Ser Coluccio Salutati, Canciller de Florencia, admirador de Cicerón y Petrarca, ferviente cristiano, desarrolló una tradición de individuos eruditos en el uso de la elocuencia de los clásicos de la Antigüedad, pero seculares en la vida del gobierno, quienes pusieron sus conocimientos legales y retóricos al servicio del Estado. Ellos escribieron la correspondencia del gobierno y

sirvieron como diplomáticos—sirvieron un gobierno seglar y laico con su riqueza ganada y el capital acumulado de su educación clásica y su erudición.

Salutati y el gobierno de Florencia del *Quattrocento* podían utilizar a los ciudadanos eruditos y ricos para alcanzar metas sociales, políticas y económicas. Y estas prácticas calificaban como *caritas* en un sentido seglar. Su erudición y su elocuencia pudieran servir para manipular las palancas de gobierno y sociedad en beneficio del bien público para la república de Florencia y sus ciudadanos, y no se presentó una contradicción con el cristianismo.

La *caritas* seglar de unas elites mercantiles, entrenadas en la retórica y la elocuencia de una educación clásica según la *studia humanitatis*, pudieran beneficiar a la comunidad en su globalidad con el ejercicio de sus ideas y elocuencia. Y eso en Italia y en Inglaterra. Este nivel de servicio ético y político incluía la posibilidad para la salvación. Para ejercer la *caritas*—caridad— no es necesario seguir solamente a San Francisco de Asís, los humanistas entrenados podían servir a la república. Se llamaba este servicio *humanismo cívico* y, con las habilidades de tomar principios abstractos y aplicarlos a las necesidades del gobierno, utilizando los textos clásicos, iluminando así los problemas con la luz de los textos clásicos. Eso no era el ascetis-

mo de San Francisco ni la ausencia de retórica de San Pablo. Tampoco era la humildad y la pobreza de los santos.

En el mundo de esta tierra, descubrieron que la elocuencia no era opuesta al cristianismo. Era, sencillamente, poner lo mejor de la Antigüedad y el buen uso de la elocuencia del humanismo cívico al servicio del gobierno para el bien común, el buen uso de los bienes de este mundo, reconociendo la contribución munífica de los mercaderes.

Así, podría decirse que los mercaderes calificaban para salvación cristiana también por medio de las prácticas éticas en el negocio y la donación de su riqueza para construcción de edificios como iglesias, dotes para señoritas pobres, educación para los necesitados, etc. En fin, servicio al gobierno y al Estado y las enseñanzas y prácticas de la Iglesia se combinaron en el humanismo cívico y cristiano. La elocuencia y la vida exitosa en esta tierra se salvaron juntas.

Estas ideas fueron institucionalizadas por humanistas cívicos en Florencia como Coluccio Salutati, Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini y Nicolás Maquiavelo, quienes asumieron responsabilidades políticas en los gobiernos de la República de Florencia y eliminaron mitos que obstruyeron la claridad de ver la historia y las circunstancias actuales, examinándolos bajo una lupa realista y pragmática.

Otro asunto importante en la práctica del humanismo cívico era que cada uno de estos humanistas, con vocación cívica y ocupando puestos políticos en el liderazgo del gobierno, prestando servicio a la república de Florencia, era requerido legalmente, como parte de las responsabilidades del puesto al que fueron elegidos, a escribir una historia de su ciudad hasta el momento en el que sirvieron en su gobierno. Requería el uso de la retórica y la elocuencia con precisión histórica. Era una especie de FODA para delimitar y examinar de dónde habían comenzado y cuáles eran sus raíces, peligros y puntos fuertes. No podían hacer esta delimitación y examinación desde los mitos fantasiosos de la fundación de la ciudad de Roma por Rómulo y Remo, por ejemplo, porque no era la historia real. De esta manera aparecen *La historia del pueblo de Florencia* de Leonardi Bruni, Canciller de Florencia, y las *Historias florentinas* de Maquiavelo, diplomático *para excellence* de Florencia, patriota y humanista al servicio de su república.

Salutati y Bruni sirvieron a la República de Florencia como Cancilleres y eran unos patriotas y humanistas cívicos. Maquiavelo, diplomático en el servicio del gobierno de la República de Florencia, en sus *Comentarios sobre las primeras décadas de Tito Livio*, y en su vida de servicio diplomático y político, utilizaba la elocuencia de su educación clásica para limpiar los mitos que rodeaban la historia

de su ciudad-república. Así, descubrió y publicó una historia que eliminó la falsedad de que Florencia había sido fundada por Julio César, destruida y después refundida por Carlomagno. Nada de eso. *Exeunt* las neblinas de los mitos populares.

En un realismo que enfocó en la historia de la ciudad, clarificaron que la ciudad había sido fundada por los veteranos de Sula —ex combatientes desmovilizados a los que se les había otorgado su parcela de tierra—, después de las guerras civiles. Esta clarificación puso la historia y desarrollo de la ciudad escrita con elocuencia respetuosa de la realidad en una base realista para examinar su futuro con pragmatismo y no como mito fantasioso. ¡Qué idea tan relevante para los políticos de hoy! ¿Qué tal si se requiere a los alcaldes y presidentes escribir ellos mismos y no delegada a un comité la historia de su ciudad y estado para examinar el futuro político y comercial?

La retórica y la elocuencia de los humanistas cívicos, utilizando palabras, conversación y correspondencia limpia de mitos y argumentos *ad hominem* pueden elevar la dignidad de un pueblo y de un Estado. Orgullosos de su propia historia, escrita por los líderes políticos elegidos por ellos mismos, quienes serán educados para argumentar con elocuencia y convencer elocuentemente en la diplomacia su propia historia, el pueblo puede creerse capaz de hacer cualquier cosa.

Los humanistas en la tradición cívica en los ejemplos de Venecia, Florencia —e Inglaterra—, educados para dedicarse a la *civilitas*, comercio y *caritas* en la práctica del humanismo cívico con la elocuencia de la antigüedad, no tienen que parecer simples y rústicos en su habla en la conversación con los poderes del mundo diplomático y comercial con quienes el país tiene que interactuar. Se pueden rescatar por medio de una educación en la retórica para la elocuencia y la *civilitas* sin desprestigiar las virtudes éticas antiguas y las palabras elocuentes, y sin abandonar la preocupación ética para la salvación de sus almas. Si Venecia se rescató del peligró, refugiándose en el mar,

otros, con puertos más grandes y modernos, pueden utilizar a la elocuencia en el comercio y en el humanismo cívico en el uso de las ganancias. *Quid est mare? Refugium en periculis.*

Si es cierto, como Cicerón, San Agustín, Dante, Coluccio Salutati, Leonardo Bruni y Maquiavelo argumentan, que el humanismo cívico es parte de la justicia, la eliminación de crueldad y violencia en las palabras pueden comprobar que las palabras no tienen que ser espadas. El humanismo cívico —y la consiguiente elocuencia— es un instrumento y un componente de la política. Es posible recuperarlo.

Marzo de 2009

LECTURAS RECOMENDADAS:

Bruni, Leonardo. *The History of the Florentine People*. Harvard University Press, 2001.

Cicerón [Marcus Tullius Cicero]. *Obras completas*. Anaconda, Buenos Aires, 1946.

Dante Alighieri. *La Divina Comedia* [Edición bilingüe, Español-Italiano] 3 tomos.

Trad. Ángel Crespo. *Círculo de Lectores*, Barcelona, 2005.

Garin, Eugenio. *Medioevo y renacimiento*. Taurus, Madrid, 2001.

Maquiavelo, Nicolás. *Epistolario 1512-1527*. Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

———. *Florentine Histories*. Princeton University Press, 1990.

Miller, Katherine. *Reason, sensuality and John Skelton: patristic psychology and literary attitudes in the late medieval period*. University of California, Los Angeles, 1974.

Norwich, John Julian. *The History of Venice*. New York, 1989.

Skelton, John. *The Book of the laurel*. University of Delaware Press, Newark, 1990.

Tucídides. *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2002.

NOTAS

- ¹ Hechos de los Apóstoles IV: 13: “Viendo la valentía de Pedro y Juan, y sabiendo que eran hombres sin instrucción ni cultura, estaban maravillados”. También San Pablo, en su Segunda Epístola a los Corintios 11:6, dice: “Pues, si carezco de elocuencia, no así de ciencia.” Fuente: *Biblia de Jerusalén* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 1975).